

ARTE • LETRAS • ESPECTACULOS



Jean Daniel.

manes, la de Argelia, la independencia de Túnez, y el advenimiento del general De Gaulle. Jean Daniel dialoga con personajes como Kennedy, Castro, Lumumba, Sartre... Incluso por esta deformación profesional —o no deformación, sino formación— que es la objetividad, Jean Daniel busca para definirse a sí mismo, para describirse, frases de los otros, desde la de Malraux que figura en el «avant-propos» («Ser un hombre es reducir la parte de la comedia»), hasta las que pone como colofón del libro: Freud, Paul, Valéry, Sylvain Regard, Paul Eluard.

Pero también es posible volver por pasiva la frase del principio y decir que un periodista siempre escribe de sí mismo a través de lo que escribe de los otros. Jean Daniel reflexiona sobre los acontecimientos de los que es testigo, o de los que es protagonista —especialmente cuando cuenta las Redacciones de los periódicos y sus luchas internas: «L'Express», «Le Monde», «Nouvel Observateur»—, no hurga ni esconde sus propias luchas, sus evoluciones, sus decepciones o sus esperanzas: si el mundo es hoy contradictorio, el testigo de esas contradicciones ha de defenderse con la lucidez, y a veces la confesión de unas perplejidades es la mejor lucidez.

¿Cuál es para Jean Daniel el sentido de la frase de Malraux con la que inicia su libro?

«Demasiadas comedias nos solicitan desde la infancia. Ante la imagen que los demás se hacen de nosotros, o bien aceptamos ser sus sumisos prisioneros, o bien nos exponemos a elegir una libertad vacía. Para calificar esa comedia que puede ser por excelencia la prisión invisible del periodista, la palabra que me viene a las mientes es, sin duda, excesiva: "impostura". Pero puede ser que en nuestro oficio sea en que mejor el "parecer" llega a reemplazar el "ser" y donde el saber hacer (*savoir-faire*) se toma más fácilmente por el saber; donde con menos esfuerzo lo inauténtico se disfraza mejor y las palabras prevalecen sobre las cosas...». Pero, ¿cómo saber dónde está la comedia o la impostura y dónde está uno mismo? ¿No se representa a veces una comedia, incluso un «vaudeville» o una farsa, escritas por otros, de otros autores, sin siquiera saberlo, o creyendo que se está viviendo una tragedia personal? ¿Ha conseguido Jean Daniel reducir la comedia, o su parte, para aumentar la parte pura y libre del hombre? El mismo, al final del libro, tiene sus dudas, pero se responde: «Creo que saber que la comedia nos ha sido impuesta es ya una conquista». Pero a veces no se sabe, y a veces se sabe, pero no se puede dejar de representar. No es una comedia, es una película: el rollo está ya en la cabina, la proyección en marcha, y el actor, en el patio

de butacas, descubre sus «tics», sus falsedades, sus amaneramientos, pero ya no podrá cambiar ni uno solo de sus gestos o de sus palabras hasta que la proyección termine...

Fourier: Meditación sobre la utopía

Sobre el pedestal vacío de la parisina plaza de Clichy, desprovisto desde la guerra de la efigie de Charles Fourier que le correspondía, volvió a aparecer en 1969 la estatua del gran utopista. Este monumento se trataba de una réplica del anteriormente habido, y fue colocado en su pedestal por un grupo de jóvenes revolucionarios afechos a las ideas situacionistas; realizaron su trabajo en menos de un cuarto de hora, veinte veces menos tiempo que el empleado por la Policía en retirar de su zócalo ese homenaje inesperado, burlón y triunfal. Pero bien puede decirse que Fourier ha vuelto a ser entronizado en su pedestal de un modo más metafórico, pero no menos subversivo; también los situacionistas, el grupo revolucionario más interesante y radical de la posguerra, han colaborado en no pequeña medida en este retorno fulgurante de las ideas y los textos del inventor de los falansterios. El caso es que Fourier es inspirador directo, tras muchos años de apagamiento de su vigencia, de algunas de las formas de pensamiento más críticas de la actualidad en Europa y los Estados Unidos. Debe, pues, considerarse como un acontecimiento relevante la edición en español de una amplia antología de sus obras principales (1), muy bien seleccionada y traducida por Menene Gras y con un inteli-

(1) «La armonía pasional del nuevo mundo», de Charles Fourier. Taurus Ediciones.

gente prólogo suyo y de Eduardo Subirats. Dada la enorme extensión de la obra del utopista, sometido a la necesidad de infinitas repeticiones y vulgarizaciones que el apostolado exige, una selección como ésta evita al lector el hastío de tener que sobrellevar miles de páginas reiterativas o superfluas.

¿Por qué Fourier de nuevo? Las razones son numerosas, y quizá pueda yo apuntar algunas. La posguerra ha venido marcada por un intento de aunar los aportes teóricos de Freud y Marx en un pensamiento revolucionario capaz de dar cuenta de las complejidades que nos acosan. Ni siquiera es preciso citar aquí el nombre de Wilhelm Reich o los trabajos de la Escuela de Frankfurt sobre la personalidad autoritaria. El camino del freudomarxismo, toruoso y lleno de callejones sin salida, no podía dejar de tropezar antes o después con Fourier; fue éste, en primer lugar, quien imaginó que la sociedad deseable debería estar fundada en la libre exaltación de las pasiones, no en el simple aumento y mejor reparto de la producción. Fourier supo que el trabajo, como tal, nunca erradicará la miseria, porque se trata de un trabajo miserable, un trabajo que produce la miseria de la mutilación de la pasión; la economía reproduce fatalmente la carencia, porque supone que la riqueza consiste en una acumulación de objetos, pasibles de mejor o peor reparto, cuando en verdad la única riqueza del mundo nuevo deberían ser las pasiones, su multiplicación y su libre juego combinatorio. No se trata simplemente de utilizar las pasiones de modo productivo, lo que supondría seguir considerándolas como obstaculizantes o superfluas en el orden económico de la nueva sociedad, sino de reconocer el fundamento pulsional de todo el sistema

societario: la atracción apasionada. La crítica de Fourier a las teorías morales y políticas anteriores es espléndidamente demoleadora; describe como nadie la sociedad del deseo restringido o negado; algunos de sus aciertos son espectaculares: fue el primero en advertir que la condena social del homosexualismo y las perversiones se basa en el carácter improductivo de estas formas de sexualidad. Para quienes trataban de unir la crítica marxista de la economía con los descubrimientos psicoanalíticos, es Fourier un aliado precursor de primer orden.

Pero hay más: en los últimos años, con motivo del pronunciamiento estudiantil que culminó en mayo del 68, la utopía vuelve a ser realzada por los revolucionarios. El fracaso como ideal político del comunismo no es ajeno a este resurgir: nadie quiere ya hacer revoluciones para tan sólo cambiar de Policía. Los revolucionarios «científicos» prometen poco, pero tampoco lo cumplen; tanto da entonces pedir mucho, todo, renunciar a la modestia reformista, gritar que lo que se quiere transformar es la vida misma, el total de la cotidianidad... Inutilidad por inutilidad, la segunda proporciona al menos compensaciones de orden estético, es decir, apasionadas... No se puede reconocer al sistema vigente ninguna justificación por la necesidad, pues bastante se encarga él mismo de eso; aceptar lo que dicta el «sentido común» —cuya organización general es la ciencia— es acatar que lo que reina de hecho debe reinar también de derecho. Es probable que el camino de la negación radical no lleve a ninguna parte, pero nunca se puede estar seguro; en cambio, está demasiado claro a dónde lleva el camino «positivo, constructivo y científico». En este contexto, la pa-

labra «utopía» pierde su carácter peyorativo y, de nuevo, vuelve a ser Fourier compañero necesario.

Es indudable el interés de la parte crítica y negativa de la obra de Fourier, su repudio de la sociedad de la pasión aprisionada, pero, ¿y en cuanto a su parte positiva, su descripción del nuevo mundo societario? La pasión principal de Fourier, no cabe duda, fue el cálculo: en su teoría, todo —pasiones, períodos, ocupaciones— cumple misteriosas regularidades aritméticas; en su exposición nunca perdona una cifra; su delirio geométrico suele alcanzar este tono: «Imaginaré un despertar de Epiménides en el año 2200, época en la que el octavo período social que va a organizarse habrá adquirido su esplendor y en la que empezará la segunda creación, que introducirá al género humano en su noveno período». Etcétera. El mundo que describe es peor que imposible: es poco atractivo. Como dice Cioran: «Propongo el falansterio como el tipo más eficaz de vomitivo». En efecto: ¿Quién, a no ser que tenga una ingenuidad ursulina o un optimismo de anarquista jubilado, desearía vivir en ese hormiguero matemático de reglamentadas expansiones y maniático primor? Es trivial reprochar a Fourier que fundamentar un orden social en las pasiones es imposible: ahí responderá él, y siempre con razón, que más imposible es que una sociedad fundada en la represión de la pasión sea satisfactoria. Pero lo imposible es calcular la pasión, pues ésta se define por ser incalculable, imprevisible: la pasión no tiene ningún mecanicismo descriptible, es decir, su mecanismo admite y rechaza todas las descripciones. El amable paraíso de Fourier es una opción entre otras, fruto de esa pasión calculatoria de su autor y destinada a satisfacerla; como todo

delirio, es respetable y subversivo, pero se transforma en pesadilla al convertirse en obligatorio para quienes no comparten tal pasión.

Nos está vedado proponer un programa positivo del Nuevo Mundo Amoroso. El falansterio de Fourier es el sueño de un hombre solo, y lo único que sabemos de cierto es que la armonía pasional, si algún día llegara a realizarse tal cosa, será fruto del minucioso concierto de los sueños de todos los hombres. Entre tanto, hasta que el tiempo acaba, nuestra única tarea será la negación de los proyectos sociales que se pretenden únicos y definitivos: que el escepticismo militante nos impida exaltarnos por ningún totalitarismo, aunque sea el de la pasión... ■ FERNANDO SAVATER.

Poulantzas: «Fascismo y dictadura»

La aparición de *Fascismo y dictadura*, de Nicos Poulantzas (Siglo XXI, Madrid, 1973), supone una buena ocasión para intentar trazar un panorama de la obra de este autor. Heredero, en algún grado, de la metodología de Althusser, Poulantzas carece, en cambio, del estilo sugestivo y absorbente de aquél. Esto no pareció ser obstáculo para que su primer libro (*Poder político y clases sociales en el estado capitalista*) alcanzara una considerable popularidad; incluso entre nosotros, donde parece existir ya una verdadera «moda Poulantzas».

Fascismo y dictadura, su segundo libro, supone la aplicación del formalismo desarrollado en el primero a un problema histórico concreto: el nacimiento, ascensión y naturaleza de clase de los fascismos, especialmente en sus formas alemana e italiana. El texto se subtitula «La III Internacional frente al fascismo»,

puesto que lo que se pretende en él es analizar la corrección o incorrección de la línea presentada por la III Internacional frente al auge de los fascismos.

Las tesis cruciales de Poulantzas pueden agruparse entonces en, al menos, doce series: a) sobre la línea de la Internacional, que para Poulantzas descansaría en el economismo, el abandono del internacionalismo proletario y la carencia de una línea de masa; b) sobre la naturaleza del fascismo: frente a las tesis más conocidas (por haber sido las de la Internacional), Poulantzas afirma que el fascismo no corresponde a una ofensiva de la clase obrera, sino que es el cambio correspondiente a la crisis de Estado provocada por la ofensiva del gran capital por adquirir la hegemonía dentro del bloque dominante. Este cambio se efectúa por la creación de un partido de masas (el partido fascista) basado en la pequeña burguesía y en el proletariado infiltrado por la ideología pequeñoburguesa. En una primera etapa es este partido el que alcanza el poder, convirtiéndose la pequeña burguesía en clase reinante, mientras que el cambio así provocado otorga la hegemonía dentro del bloque dominante a la fracción grand capitalista de la burguesía. En una segunda etapa la pequeña burguesía pierde sus atributos de clase reinante, siendo desplazada de las instancias superiores del aparato de Estado por los representantes del gran capital. En esta segunda etapa desaparecen los matices «anticapitalistas» propios del sindicalismo fascista, y aparece clara la función del Estado fascista: no sólo garantizar la hegemonía del gran capital, sino también permitir el mero funcionamiento del sistema capitalista —ya en la etapa monopolista— a través de la creación del Estado intervencionista.

Los desarrollos de Poulantzas podrán ser

discutibles, pero es innegable su atractivo. En particular, para comprender los actuales problemas de las organizaciones de vanguardia resulta crucial la forma en que Poulantzas subraya cómo el economismo de la III Internacional —economismo del que no absuelve a Trotsky, lo que ha provocado las ortodoxas iras de Bensaïd en Francia— fue el responsable de la no consecución del frente único (condenado al fracaso desde el momento en que se le pretendía relegar al limbo de lo «puramente» económico, negándole así su función de organización unitaria del proletariado).

Dentro de la línea de independencia de Poulantzas —que, por su puesto, no sólo le ha ganado las iras de los trotskistas franceses—, un buen ejemplo sería el artículo «Les classes sociales», recién traducido al castellano por ZYX con el título —a mi parecer oportunistas— de *Clases sociales y alianzas por el poder*, y precedido de un prólogo tan pretencioso como trivial. En este texto, Poulantzas cuestiona varios de los puntos estratégicos más queridos del PCF. Conviene destacar dos cuestiones: la primera, la insuficiencia de los análisis del PCF sobre el capitalismo monopolista de Estado y la lucha antimonopolista. En este sentido es obvio que los teóricos del PCF esquivan sistemáticamente la cuestión del capital medio, al que adjudican unos intereses antimonopolistas cuando menos discutibles (puede verse, a este respecto, la cuestión de la interacción entre media y gran industria en el texto de Dellez sobre los monopolios: de este análisis no resulta, ni muchísimo menos, que el capital medio tenga, masivamente, intereses antagónicos a los del capital monopolista).

La segunda cuestión a destacar sería la de la alianza de las fuerzas

del trabajo y la cultura, es decir, la de la posible convergencia entre los intelectuales —categoría— y el proletariado —clase—. Para Poulantzas, «nada prueba que actualmente la pequeña burguesía intelectual vea disolverse sus intereses propios en los de la clase obrera, pese al hecho de que es cada vez más susceptible de colocarse al lado de la clase obrera». Es obvio que en este caso Poulantzas ha sido incapaz de usar el propio formalismo por él introducido. Pues es claro que existe un sector de la «pequeña burguesía intelectual» cuyos intereses objetivos son (tendencialmente) los del proletariado: se trata de los intelectuales ligados al proceso productivo, productores de plus valía. El comprobar que tales intelectuales existen y que su importancia crece es sencillo. La cuestión a plantear, la cuestión que Poulantzas pretende ignorar y que será, por tanto, materia de investigaciones ulteriores, es múltiple: 1) formas de conciencia que se dan en los intelectuales cuyos intereses objetivos son convergentes con los del proletariado; 2) contradicciones entre los intelectuales no proletarizados objetivamente y el capitalismo monopolista de estado; 3) políticas derechistas, que pretenden enmascararse mediante la utilización (manipulación) ideológica de cuestiones como la revolución científica-técnica o la proletarización de los intelectuales. Resulta claro que la raíz del debate está bien alejada de lo puramente académico. ■ LUDOLFO PARAMIO.

«El siglo de las sombras» o a vueltas con la poesía social

Ricardo Lezcano había publicado dos libros de versos, en el 44 y en el 45. Años más tarde,

él y su hermano Pedro fueron los «sostenedores» —¿qué término sería el más exacto para nombrar esa oscura y difícil tarea?— del Teatro Insular de Cámara. Ahora, tras sus casi treinta años de silencio poético, acaba de publicar, en la Colección «Saco Roto», de Editorial Helios, su tercer libro de poemas, «El siglo de las sombras».

Libro entrañable este que da fe de la peripetia —ingrata y muy dentro de ciertos radicalismos «a la española»— de nuestra «poesía social», saludada un día como el único camino decente, denostada luego por su simplicidad. Como si en ella —como en casi cualquier parte— no hubiera de todo, y junto al esquemático golpe de pecho dictado por la moda, no estuviera la poesía de la solidaridad sensible y esclarecedora.

Con las clasificaciones pasa siempre lo mismo. Que se ensalza o entierre la etiqueta, sin pararse en distinguir lo que, etiquetadas aparte, merece, por vivo, recordarse o, por mimético, meterlo en el gran lote del «ismo» arrinconado. ¿Qué sentido tendría, por ejemplo, rebajar el valor de este libro en función de los límites y posibles abusos de algunos cultivadores de la «poesía social»? Pedro Lezcano, hermano del poeta y autor de un breve pero muy sustancioso prólogo, alude a la quiebra de la idea de la influencia del arte en la transformación del mundo. ¿Sería esa una razón para rechazar la «poesía social» y cuanto hay en ella de voluntad de denuncia? Pedro Lezcano responde: «Tengan o no al olvido por destinatario, sirvan o no sirvan al ideal que alienten, ¿no será siempre lícito que los mortales escriban sobre la muerte, que canten el amor en tanto aman, que clamen por la libertad mientras arrastran una sola cadena?».

En definitiva, el sencillo libro de Ricardo Lezcano pone otra vez ante nuestros ojos el pe-

ligro de una crítica que intente explicar las obras de arte por la presencia de algunas constantes, ocupando la teoría del «ismo» en que se encuadra el lugar de la obra, con su sangre y sus características propias. El método acaba en tales casos por devorar la obra y arruinar el propósito crítico.

A Lezcano —como a Brecht— le gustaría hacer versos a las rosas y a los ruiseñores. Le duele que el hambre y otras realidades sociales se lo impidan. Pero no por una «cuestión de principios», no porque necesite lavar en público su conciencia, sino porque se trata de realidades que, sin criterio retórico, acaban mezclándose a la suya, siendo, inevitablemente, una parte de sus realidades más íntimas.

Libro lleno, vivo, coloquial y amigo este de «El siglo de las sombras», poesía (tomado el término en el sentido de creación) de lo evidente y tantas veces machacado. ■ JOSE MONLEON.

Una crónica de nosotros

Pensar que el último libro de Cesc, «Desarrollo & Desarrollados, Sociedad Anónima», es un libro de humor, resultaría, por nuestra forma diaria de destruir el lenguaje y esquemáticamente, una insuficiencia. Porque si bien Cesc utiliza la caricatura, la ironía, la paradoja y el humor, su visión es la de un hombre aterrado ante su entorno, que observa y grita, y que para hacerlo nos dibuja a todos, se dibuja a sí mismo, en una especie de cruel crónica de nuestro tiempo y nuestro paisaje. Sus dedos, sus embudos, sus televisores (ese bombardero que arroja televisores y destroza ciudades), sus micrófonos, sus jaulas, son sólo una expresión plástica, directa, casi fotográfica, de lo que todos los días Cesc vive y ve.

(Pasa a la pág. 53)